

## CONCLUSIÓN

AL principio de mis expediciones, cuando aun ocupaba indistintamente arrieros americanos ó mexicanos, de continuo tenía que defender á los últimos de la arrogancia de los primeros. Más tarde, entre los indios, con frecuencia vi á los mexicanos tratar á los naturales con la altanería con que habían sido tratados por los americanos, y de nuevo tuve que intervenir en favor del oprimido. Finalmente, una vez, en la barranca, mis cargadores tarahumares se ofendieron mucho porque di á mi perro el corazón, bofes, hígado, etc., de un carnero que habíamos matado. “¿Vale el perro más que nosotros para que le den todo eso?” me dijeron. El perro se hubiera muerto de hambre con lo que los indios le hubieran dado. Tuve, por lo tanto, que proteger al perro de los indios; á los indios, de los mexicanos; á los mexicanos de los americanos.

Como los perros ó caballos educados suelen mostrar más hermosas y nobles cualidades que muchos hombres, así me parece, después de mi larga experiencia con los indios de México, que en su estado natural son, en ciertos puntos, superiores, no sólo á la mayoría de los mestizos, sino á la masa común de los blancos. Nos sentimos inducidos á considerar á los pueblos primitivos como sinónimos de todo lo rudo, malo y vicioso. Nada más erróneo. Puedo citar una tribu pagana de la India para quien la mentira constituye la más negra deshonra, y otra de las islas del mar de Bering que, cuando fue descubierta por unos misioneros rusos, llevaba una vida casi tan conforme con el Evangelio cristiano que los maestros declararon que era mejor dejarla

## CONCLUSIÓN

entregada á sí misma. Nada más necesario, sin embargo, que una comparación entre los indios mexicanos antiguos con los mismos naturales como aparecen á la luz de la civilización moderna.

Los aztecas, que no eran sino una de las diversas tribus que habían alcanzado algún grado de civilización, no se hallaban sometidos, valiéndome de las propias palabras de Mr. Bandelier, á un poder despótico, sino organizados en una democracia militar bárbara, pero libre. Su administración era admirable. La conquista no traía consigo la partición de las tierras. Las leyes eran obedecidas y respetados los gobernantes, que es muchísimo más de lo que pudiera decirse de la Europa de entonces. El erudito misionero español Diego Durán, sesenta años después de la conquista, escribió acerca de México un libro muy interesante á este respecto. Refiriéndose á la falsa opinión que tenían los españoles del estado salvaje é inculto de la raza india, dice aquel monje, tan fanático en lo demás: “¿En que tierra del mundo hubo tantas ordenanzas de republica ni leyes tan justas ni tambien ordenadas como los indios tuvieron en esta tierra ni donde fueron los reyes tan temidos ni tan obedecidos ni sus leyes y mandatos tan guardados, como en esta tierra? ¿Donde fueron los grandes y los caballeros y Señores tan respetados ni tan tenidos ni tan bien galardonados sus hechos y proezas cómo en esta tierra? ¿En que tierra del mundo ha habido tanto número de caballeros é hijos-dalgos ni tantos soldados valerosos que con tanta codicia y deseo procurasen señalar sus personas en servicio de su Rey y para ensalzar sus nombres en las guerras por solo interes de que el Rey los honrase como en esta tierra? ¿En que tierra del mundo ha habido ni hay que con tanta reverencia y acatamiento y temor tratasen los sacerdotes y ministros de sus dioses y no solo los medianos pero de los reyes y principes y grandes señores se postraban y humillaban á sus pies y los obedecían y reverenciaban

como á ministros de sus falsos dioses que no faltaba sino adorallos? Pues si decendemos á lo que toca á su religion falsa que tenian ¿que gente ha habido en el mundo que así guardase su ley y preceptos de ella y sus ritos y ceremonias como esta? Cierto no sé si la habrá habido en el mundo y que todo lo dicho sea verdad no quiero mas probabilidad de ello de que los que lo tratan son gente que ignora los principios en lo que toca á la mucha órden en que estos vivieron en su antigua ley como lo saben bien los que los tratan y entienden que aún con estar ya todo muy trocado y perdido en lo que tocaba á sus leyes y modo antiguo ha quedado solamente una sombra de aquel buen órden que pone admiracion que contado y que empadronado y que á punto tengan sus gentes y vecinos de los pueblos para acudir a qualquier genero de cosas y negocios que les sean mandadas teniendo para todas sus prépositos y guias y mandoncillos unos para los viejos otros para los casados otros para los mancebos por casar con tanta cuenta y órden que ni aún los niños recién nacidos no se les escapaba ver con que órden acuden á las obras públicas y con que cuenta para que el que fué esta semana no vaya la otra sino que ande la rueda con tal concierto y órden que ninguno se sienta agraviado.”

En todas las habilidades de mano, por ejemplo, para esculpir la piedra, la madera, etc., los antiguos pobladores de México no tienen hoy rival en cuanto á la firmeza de la ejecución y belleza del contorno. Autoridad tan excelente como el Dr. N. León considera á los antiguos aurífices inimitables en sus trabajos de filigrana. El sistema del calendario azteca, tan antiguo casi como el cristiano, se basaba, según la Sra. Z. Nuttall, quien especialmente lo ha estudiado, en exactas observaciones del sol, de la luna y de Venus, y continúa exitando la admiración de los sabios. Era más sencillo que el de los europeos de entonces.



Su civilización tenía la mancha de los sacrificios humanos; pero téngase presente que lo hacían por deber religioso y que en este respecto, además, se ha exagerado mucho. El sacrificio de las víctimas, á quienes se dejaba inconscientes por medio de drogas, era incuestionablemente menos inhumano que las hogueras y tormentos que aplicaba la Inquisición á seres humanos en el altar de un Dios de paz y misericordia. El instinto de tales sacrificios ha existido en todas las razas y naciones, sin excepción ni de las más elevadas como hebreos, griegos, romanos, teutones y aztecas. Mientras la humanidad no se desarrolla, no es capaz de comprender en la religión más nobles tendencias.

Es error muy común considerar á los bárbaros, hombres de tercer orden. El cuerpo del indio adquiere mejor desarrollo que el del blanco y sus sentidos son más perfectos; al par que su inteligencia y claridad de ideas alcanzan generalmente más alto nivel que el común del pueblo en Europa y América. No puedo menos de recordar la respuesta que un indio de Norteamérica dio cierta ocasión que, como tantas otras, proyectaban los blancos expulsar á la tribu de sus patrios hogares. El comisionado oficial trató de ganarse la confianza de los indios imitándoles su estilo retórico. "Hermanos míos," les dijo, "el Gran Padre [el Presidente de los Estados Unidos] ha sabido todo el mal que os han hecho, y dijo: 'voy á enviarles á mis hijos rojos un hombre honrado para que les hable;' miró al norte, al oriente, al sur y al poniente, y dijo: 'Aquí veo un hombre honrado,' y me envió á mí. Miradme, pues, hermanos míos: los vientos de los cincuenta y cinco años han soplado sobre mi cabeza y plateado mis cabellos, y durante ese tiempo no le he hecho mal á nadie. Yo soy vuestro amigo, hermanos míos, y como amigo os pido que firméis este tratado." Cuando el orador hubo concluído, púsose en pie uno de los jefes y dijo: "Amigo, mírame. Los vientos de más de cincuenta inviernos han soplado sobre mi cabeza y plateado

mis cabellos; pero no me han echado fuera los sesos." Sentóse luego, y se dio por terminado el consejo.

Las dotes mentales de muchos indios les permitirían desempeñar puestos de importancia, pero por desgracia prefieren vivir juntos, conservando sus hábitos y costumbres. El hombre primitivo es tan modesto en su ambición como en sus demandas á la naturaleza; no pide más que lo que necesita, de donde se origina la estrechez de sus miras. Mas como la civilización depende tan considerablemente de la acumulación de propiedad, la grande abstención del indio constituye un obstáculo para su progreso.

El innato sentido artístico de los naturales de México se manifiesta en la belleza y continua diversidad de los dibujos que pone en sus tejidos y demás obras decoradas, dibujos que reconocen por origen la evolución de simples motivos de la vida diaria. Bien que no cultivan las flores por el sólo hecho de que son bellas, nunca dejan de fijar la atención en sus colores, y tanto los hombres como las mujeres conocen la flora de su país incomparablemente mejor que los blancos de las clases cultivadas entre nosotros. Distinguen con la mayor prontitud y perspicacia la más leve variación en la forma de las hojas, etc., sobre todo en las plantas de valor económico.

Para los indígenas de México, la monogamia es la base fundamental de la familia, y el estado social de la mujer es el de compañera menor. Cada sexo tiene su propia esfera. En su conducta mutua nunca llegan al comportamiento bestial en que incurren los blancos de las clases bajas; lo que llamamos sus vicios se deben, no á la depravación, sino á sus prácticas religiosas. La honestidad personal es innata en la raza.

Su justicia es inexorable. Nunca toman en cuenta las circunstancias atenuantes, sino que consideran que todo acto indebido ha de ser expiado conforme á la ley de ojo por ojo, diente por diente. Antes de civilizarse, jamás son



serviles. Tanto con sus compañeros de tribu como con los extraños, se muestran ceremoniosos, observando estrictamente las reglas de su ingénita cortesía. El indio, aun vestido de harapos conserva su caballerosidad de nacimiento y es tan atento y considerado ante los sentimientos ajenos, como cualquiera que se cubra de sedas ó de púrpura. Un arqueólogo inglés muy conocido, que en recientes años ha viajado extensamente por la República, me dijo: "Necesito observar con los indígenas tanta circunspección como si me encontrara entre europeos bien educados."

Muchos extranjeros desdeñan á los indios mexicanos porque comen con los dedos. No veo por qué semejante hecho sea, por sí mismo, signo de barbarie, máxime si se ejecuta con tanta gracia y esmero como lo practican con sus pequeñas manos los indios. No hay para qué recordar al lector que los tenedores, aun en Europa, son de invención comparativamente reciente. En Inglaterra, la primera persona que los conoció fue la reina Isabel, y más tarde, un predicador inglés denunció, en uno de sus sermones, el uso del tenedor como un insulto á la Providencia Divina que nos ha dotado de manos para comer.

La inmortalidad del alma es universalmente reconocida por los indios; no tienen igual en fervor religioso, pues toda su vida es una continua adoración á los dioses para que les concedan felicidad, y todos sus actos, el menor trabajo que emprenden obedece á pensamientos religiosos. Cuanto pudiéramos llamar adorno en sus vestidos y herramientas debe su existencia á las ideas suplicatorias que expresa. De cuanto posee el indio, tienen los dioses su parte; no hay, por ejemplo, cosecha tan escasa de que no sacrifiquen con buena voluntad algo á la deidad que la otorgó. Cuando los veía entragados infatigablemente, durante días y noches, á sus danzas religiosas, y los oía en sus humildes templos invocando con los ojos llenos de lágrimas la protección divina, sentía en mi corazón que su piedad tenía derecho á